

# El club de los depredadores

Raúl Trujillo Ospina

Bibliotecólogo, escritor e ilustrador por vocación en constante deseo de búsquedas,  
trujilloospinaraul@gmail.com

Me asomé por la ventana después de que el techo no parara de escupir sobre mi cara. Recordé que había llegado el ansiado domingo 19. En el colegio estaban estacionadas en fila india todas esas camionetas blancas frente a las mesas donde los jurados se empapelaban y desempapelaban a la vez, mientras, muy juiciosa, la ciudadanía introducía las hojas dobladas en las ranuras de las cajas de cartón. No me pregunten qué clase de camionetas. No sé nada de marcas ni de estilos, para mí simplemente eran camionetas. Por fuera lucían pulcras, como si estuvieran encerradas dentro de una burbuja invisible para garantizar la nitidez del immaculado albo de su carcasa. Sin siquiera una manchita de caca de pájaro.

El desfile se me antojaba una caminata fúnebre que cargaba con parsimonia, un denso silencio que resultaba incluso provocador. En mi escenario mental, cada una de esas *naves* las asumía como ataúdes rodantes, conducidas, quizá, por algún zombie menos saludable que el propio supuesto cadáver. Desde una de ellas, descendieron Fernando y Marta —don y doña en su haber—, estaban acompañados de dos adolescentes varones que decidieron quedarse adentro. Muy bien puestos, como suele decirse, y a paso acelerado se dirigieron a cumplir con su deber democrático. Lo ejecutaron con una visible sonrisa de satisfacción, intercambiando amables saludos con algunas personas que parecían reconocerles. Luego de reclamar el correspondiente certificado, se metieron de nuevo en su *nave* immaculada en medio del chirriar de llantas.

Los conozco de lejos, pero suficiente para hacerme a una idea de su estilo de vida. No convivimos en la misma cuadra ni mucho menos, pero se podría decir que, aun así, somos casi vecinos. Su barrio, a pesar de ser dos estratos más arriba que el mío, colinda con la “frontera” que nos separa, reconocida por todos por el parque principal donde los habitantes se amalgaman a comer crispetas, llevar los niños a montar triciclo y asistir a la misa en la iglesia diagonal. Justo recién me enteré de que sus apellidos de familia eran Blanco Castro,

por una esquila mortuoria que en una oportunidad pusieron a la entrada de “La Casa de Dios” para anunciar las honras fúnebres de un pariente. Gozan de popularidad en el sector por su espíritu colaborador con los requerimientos religiosos; por ello, el presbítero titular del templo no duda en mencionarlos con frecuencia en las homilías.

Por cuenta de mis tantos pasos obligados, siempre me topo con su cotidianidad; como me pasó la última vez cuando me bajé precipitado de la ruta 090 que cubre el bus camino a mi casa, al observar un bullicioso tumulto en el centro del parque que acaparaba miradas. Al igual que en una pintura impresionista, a medida que me acercaba podía ver en detalle lo que desde lejos parecía otra cosa. Advertí que no era un *parche* juvenil ecologista, en vez de ello, pieles arrugadas se alternaban una tras otra. Sin embargo, aquella reunión de mayores canosos se veía bastante agitada con sus camisetas y gorras blancas. Portaban pancartas que rezaban enunciados ambiguos; por un lado, clamaban por la paz de Colombia con *garabatus* palomas impresas en todos los puntos, pero al mismo tiempo manifestaban una serie de diversos “Nos” que dilataban el discurso original. NO al nuevo gobierno, NO al perdón a guerrilleros, NO a la reforma tributaria, NO a migrantes, NO al aborto, NO a los LGBTI... y varios más que se me escapan.

Entre el listado, hubo un NO que llamó mi atención en particular. Claro que este no estaba explícito con marcador en los carteles, sino que era la comidilla del debate en el improvisado mitin. Según sus disertaciones, entre los habitantes del barrio existía una “alarma generalizada por el notorio incremento de delitos desde que los comunistas se tomaron el poder y que, por ello, urgía tomar medidas al respecto”. Estupefacto, podía intuir a través del brillo de sus ojos, miedos disfrazados de beligerancia. Al grupo se sumaron los Blanco Castro y el padre vestido de “civil”, con claras intenciones de enterarse mejor del asunto. Traté de hacerme el bobo parando oreja a prudente distancia simulando que chateaba por

celular. Me *mosqué* al ver de reojo que dos de ellos clavaron miradas sobre mí, y cuando se acercaban con cierto sigilo, logré escabullirme para evitar soltar palabra.

En la radio, televisión y redes, se anunciaba La Marcha por la Paz dentro de dos días. Después de ver lo que fraguaban aquellos señores en el parque, pude hacerme a una idea de la filosofía de la convocatoria. Consideré mi deber moral desenmascarar el apelativo que le dieron a su famosa marcha. Me parecía un contrasentido que se atribuyeran las credenciales mientras estigmatizaban grupos que, según su criterio, eran ciudadanos de segunda que no merecían ningún derecho constitucional. Disentir de su visión de país no me convierte en terrorista. El escenario recreado en detalle por Gardezabal en *Cóndores no entierran todos los días*, extrapolado a mi época deja en evidencia lo poco que hemos evolucionado como sociedad y que, hasta el sol de hoy, todavía acechan bastantes chulavitas carroñeros al servicio de una ideologización maquiavélica. He ahí la piedra angular de mi furia.

Procedí a pasar la voz a varios amigos y contactos con el fin de materializar mi plan para el “Día D”, pues estaba decidido a darles una lección a esos advenedizos. La idea era escoger la prenda más añeja que tuviéramos en nuestros clósets, teñirla de verde adicionando manchones variopintos de arriba a abajo; de manera que se asemejara a algo así como a un “camuflado carnavalesco” y aparecernos durante la marcha de los *puritanos*. Esta era la primera parte del juego, la cual fue exitosa porque tuvo resonancia entre quienes decidieron apoyarme. Se iban sumando cada vez más, ya que lo que se vendría después, sería memorable. Pasamos de ser cuatro pelagatos indecisos a una legión que ya superaba los cien entusiastas. Solo

faltaba un nombre que hiciera parecer imponentes nuestras fachas. Alguien sugirió La Guerrilla Semiótica, otro propuso Las Hienas Hilarantes. Por mecanismo de votación, ya que se amoldaba mejor a lo que queríamos hacer, ganó el segundo. Aunque el primero me gustaba más porque se oía sofisticado.

Construimos una hoja de ruta que coincidiera con el paso de los *puritanos*. Nos distribuimos por bloques estratégicos a lo largo del centro, pero medio ocultos detrás de columnas y vehículos. Ya empezábamos a llamar la atención de los transeúntes, —olvidé señalar que salimos desde la casa con los camuflados puestos—, pero nos interesaba que no nos viera todavía ninguno de los de la Marcha. En cuanto a los policías, salvo algunas interpelaciones a las que respondimos que también queríamos manifestarnos con un *performance*, no se metieron con nosotros. Aunque percibí que no se tragarón del todo el carretazo, porque nos advirtieron que debíamos despejar la zona para cuando llegara el bando contrario. Permanecimos atentos en nuestros puestos, cuando de repente, los susodichos hicieron su aparición.

No venían en manada, sino *graneados*. Tres individuos con camisetas amarillas versión Selección Colombia, ondeaban mecánicamente banderas *tricolor* junto a otras albinas. Al cabo de unos minutos llegaban unos cuantos más hasta conformar algo más de una docena; entre ellos pude reconocer a los Blanco Castro, que al parecer eran a los que esperaban porque una vez incorporados, la minicomitiva arrancó en firme su periplo. Durante el trayecto se iban sumando más participantes, pero sin mucho apasionamiento, por lo que alentaban a cuanto espontáneo encontraban a su paso. Nosotros, muy suavécitos “saltando” de



Raúl Trujillo Ospina



poste en poste, los seguíamos cual si fuésemos Coyote vs Correcaminos. El inicial ambiente sosegado empezó a subir de tono cuando se envalentonaron al prender los megáfonos para vociferar arengas en contra de todo lo que representara afinidad con los regímenes *izquierdosos*. Cuando el clímax de su efervescencia estaba en el pico, decidimos entrar en escena.

Para iniciar, nos pegamos a la marcha unos poquitos a tantear el terreno. De entrada, miradas de desprecio y extrañeza nos atosigaban, a las que se sumaban los chillidos. Tratamos de ignorarlos cantando con tono mesurado, el estribillo de la campaña triunfadora. Fue la chispa detonante, pues incapaces de mantener la compostura, procedieron con su andanada de improprios:

—Mamertos...—Vendidos...—Comunistas...—Guerrillos hijueputas...—Malparidos...—Pa'la gran puta mierda..., locas. Bueno, mejor no sigo, porque en mi concepto son términos aprendidos por inercia que sirven solo de desahogo para el que los vomita. Desde esa perspectiva, creo que, en vez de sentirme ofendido, hice bien en pasar por alto la pena ajena que me generaban por su nulo estilo para insultar. Siguiendo esta línea teórica, en la cuadro siguiente nos esperaba el grupo restante de los *Hienas*. Corrimos hacia ellos, pues ya teníamos rasguños y moretones luego de que los *puritanos* impactaran los palos de sus banderas sobre nuestra humanidad; sin contar patadones, puños y empujones que nos caían en cascada. Con el escuadrón completo, nos quedamos estáticos con la vista fija al frente. Los *puritanos* se detuvieron vacilantes, los policías que de media gana los escoltaban, se limitaron a poner expresión de patriotas en sus rostros. Los Blanco Castro parecían los más decididos a no dejarse intimidar, a lo que prosiguieron a romper el fugaz mutismo que invadió a ambas facciones para continuar vociferando aquellas palabras disonantes que pretendían herir.

Reconozco que, por un instante, temí que alguien desenfundara una pistola con la rapidez del Salvaje Oeste y todo acabara; especialmente para mí, ya que, en gran medida, sería el único señalado por ser el cerebro de este asunto. Entonces me adelanté y di la señal para que los *Hienas* sacaran la única arma de la que disponíamos. Al unísono, reventamos en una sincrónica carcajada como nunca antes la habíamos soltado. Trajimos a nuestra memoria aquellos instantes íntimos de nuestra niñez que siempre preferimos omitir, como la infaltable fotografía del baño *en pelota* dentro del

plátón; o cómo nos sentíamos de apretados con el traje de la primera comunión, o simplemente, de la estupidez humana en general. Pero bastaba con observar sus expresiones ante nuestra actitud, lo que les resultaba desconcertante sin duda. Nuestra altanería contrastaba con su adusta impotencia al comprobar que sus bravuconadas no surtían efecto.

Eran dos maneras opuestas de manifestar la inquina al oponente. Ellos con amenazas, nosotros con sarcasmo. “Gente de bien” contra Gente por el bien. Los rodeamos por todos los costados apenas dándoles espacio para respirar. Nuestros aullidos de auténticas hienas de sabana lograron aturdirles, mucho más al no parar de dar vueltas como en un carrusel endemoniado. Cuando lograron zafarse del remolino, se desperdigaron en polvorosa cada uno por su cuenta hacia cualquier parte. En medio del zafarrancho, identifiqué a los Blanco Castro “despelucados”, reclamando airadamente a los policías su falta de iniciativa para imponer el orden. Me llamó la atención la respuesta de uno de los uniformados con fisonomía idéntica a la de Garzón, al escucharle decir: “Es la ley del más fuerte, las hienas rodean a los leones hasta derrotarlos. Si los jóvenes no asumen la dirección de su propio país, nadie va a venir a salvarse”. De repente, se largó una granizada con ínfulas de celebración. Todos desaparecieron, excepto los *Hienas*, que optamos por revolcarnos en el pavimento gruñendo en una orgía de locura y proclamando nuestra victoria con la lluvia como aliada.

El techo no para de escupirme en la cara, lo que a mi mujer parece no importarle. Me levanto para asomarme por la ventana y recordar que ha llegado el ansiado domingo 19. Veo gran concurrencia al frente. Apago la tv., después de quedarme anoche con ese documental de la National Geographic sobre hienas... o algo así. Ahora que los achaques asedian, se me hacen más insoportable las filas: para el bus, para la mesada, para el acetaminofén... ¡y hasta para elegir presidente! Ya todo me da igual, solo el café logra endulzar mis días. Con un pan estaría mejor. Mientras, me meceré en el balcón a esperar los boletines. Ojalá que, en caso de un triunfo, no nos convirtamos en fieras irracionales como en aquel sueño de mierda. Mucho menos, que aquellas reales *naves* blancas continúen fraguando planes sistemáticos de eliminación. Ahora mientras reflexiono, una de ellas me observa con sus ojos incandescentes. Aléjate, maldita, solo trato de entenderme. ❧

